

Sebastián y el Espíritu Protector

por

Jan Erhardt Jensen

Sebastián estaba en su cama porque no estaba bien y no tenía ninguna gana de jugar. Su mamá no había ido a trabajar y había estado sentada a su lado mucho tiempo y, por fin, había llamado al médico. Y el médico había venido y lo había examinado mucho. Pero ahora Sebastián estaba tan cansado que sólo quería estar en su cama sin decir nada.

La mamá había bajado la persiana enrollable, pero la puerta estaba un poco entrebierta de modo que entraba un poquito de luz desde el pasillo. Ahora estaba totalmente solo mirando el techo. Se sentía como muy caliente y, ahora también le empezó a doler la cabeza, era muy desagradable.

De repente sintió como si flotase en el aire y el techo viniese hacia él. Y ahora no le dolía nada y tampoco se sentía caliente. Oh, qué bueno, pensó y se puso muy contento.

Sebastián miró a su alrededor y se dio cuenta de que ahora podía ver todo lo que había encima del armario, algo nuevo para él. Se sorprendió mucho, porque allí había muchas cosas interesantes que su madre tenía y que él desconocía. Le pareció divertido pensar que él podía ir en busca de hallazgos en lo alto, cerca del techo, y que podía flotar a su antojo como un zepelín volante.

Sebastián se giró un poco en el aire, miró hacia abajo y su sorpresa fue mayúscula, pues allí abajo, en la cama, estaba él totalmente quieto como cuando dormía. Era muy, muy extraño pensó tratando de encontrar una explicación a lo que veía, pero no lo consiguió.

Sebastián descubrió que una luz empezaba a brillar justo al lado de la cama. La blanca luz se hizo más y más fuerte hasta que llegó a iluminar toda la habitación. Como era una luz maravillosa Sebastián no sintió miedo en absoluto. Continuó mirando la luz y se percató de que en medio de la luz estaba un hombre hermosísimo, con los ojos más entrañables del mundo, que le sonreía e inclinaba la cabeza a modo de saludo.

"¡Hola!" dijo Sebastián sorprendido, "¿quién eres?"

"¡Hola!" dijo la figura luminosa, "yo soy tu buen amigo que te va a ayudar mientras estés en la Tierra."

"¿Cómo te llamas?" preguntó Sebastián.

"Me puedes llamar tu espíritu protector," contestó el amigo de Sebastián.

"¿También me puedes ayudar ahora que estoy aquí arriba bajo el techo?," preguntó Sebastián, "es que no comprendo cómo yo puedo estar aquí arriba y al mismo tiempo verme acostado en la cama?"

"Bueno, ya me doy cuenta de que estás muy sorprendido," dijo el espíritu protector, "pero verás, ahora te lo voy a explicar. El Sebastián que tú ves en la cama es el que tu mamá dio a luz en su cumpleaños. Si tú no lo tuvieses a él, no podrías vivir en la Tierra como un ser humano. El Sebastián que está en la cama no es ni con mucho tan viejo como tú."

"Pero... si yo no soy el Sebastián que está en la cama, ¿quién soy entonces?," preguntó intrigado Sebastián.

"También te podemos llamar el alma de Sebastián", propuso el espíritu protector. "Si te llamamos así, muchas personas comprenderán de qué hablamos. Creo que pronto descubrirás que tú estás hecho de algo totalmente distinto al Sebastián que está en la cama".

"¿Y si desaparece y no lo puedo encontrar?," preguntó el alma de Sebastián un poco temerosa de que nunca más pudiera volver a encontrar al querido Sebastián que tanto apreciaba y al que su madre había dado a luz en el cumpleaños de Sebastián.

"No tienes por qué temer eso," contestó el espíritu protector.

"Si te fijas bien, puedes ver un hilo finísimo que te une con Sebastián en la cama. Este hilo no se puede romper mientras Sebastián viva y él vivirá durante muchos años." Y el espíritu protector señaló un hilo casi invisible, que ondulándose como un cordón vaporoso, iba desde el alma hasta la cabeza de Sebastián.

Una vez que el espíritu protector se lo había mostrado, el alma de Sebastián miró con atención y ahora sí que podía ver un hilo muy fino del que no se había percatado antes. Le pareció casi invisible y muy, muy delgado.

"¿Y estoy bien sujeto al Sebastián que está en la cama?," preguntó el alma de Sebastián.

"De eso puedes estar totalmente seguro," contestó sonriendo el espíritu protector.

El alma de Sebastián pensó que él era como un globo, pues era muy ligero y, además, estaba bien sujeto a Sebastián en la cama. Y desde las alturas podía ver todo, como los pájaros. Entonces le vino a la cabeza la pregunta de si los animales también tenían un alma.

"No," dijo el espíritu protector negando con la cabeza, "ningún animal que vive en la Tierra tiene alma, sólo las personas están unidas a un alma."

"Pero, ¿no es difícil comprender que los animales no tengan alma?," preguntó el alma de Sebastián.

"Sí," contestó el espíritu protector, "pero tú puedes ver la diferencia entre lo que los animales pueden hacer y lo que los hombres pueden hacer. Si te fijas bien, podrás ver que los hombres pueden hacer

muchas cosas que los animales nunca serían capaces de hacer. Y es que solamente el hombre tiene un alma capaz de imaginarse cosas nuevas que no existen de antemano. Si tú no existieras y pudieras ayudar a Sebastián que está en la cama, él sólo podría hacer lo que los animales pueden hacer.”

El alma de Sebastián pensaba si su mamá sabía que era él, es decir el alma de Sebastián, el que ayudaba a Sebastián en la cama para que pudiera hacer más cosas que los animales. Pero entonces se le ocurrió que él no sabía por qué había volado a las alturas.

“Tú has volado a lo alto porque Sebastián está en la cama ahora con mucho dolor de cabeza,” dijo el espíritu protector. “Y no sería bueno que tú lo pudieses notar, porque entonces lo recordarías después y te confundirías. En cuanto pase el dolor, el hilo se replegará y regresarás a Sebastián en la cama.”

El alma de Sebastián pensaba que estaba muy bien pensado eso de que el hilo se encogiese y lo llevase de vuelta a Sebastián cuando éste estuviese mejor. Entonces miró a su espíritu protector y pensó que el espíritu protector no estaba unido a nadie y ¿de dónde venía su espíritu protector?

“Yo vivo en el Cielo,” dijo el espíritu protector, “y conozco tus pensamientos en el momento que te vienen a la cabeza. Cuando piensas, sigo tus cavilaciones y cuando me parece que hay algo en lo que te puedo ayudar, entonces te envío un pensamiento que te pueda servir.”

“¿Es como cuando papá habla por el celular?,” preguntó el alma de Sebastián.

“Mucho mejor,” contestó el espíritu protector, “yo siempre puedo seguir tus pensamientos estés donde estés, no hay que esperar y no hay equivocaciones”.

“¿Y yo me doy cuenta cuando me envías un pensamiento para ayudarme?,” preguntó el alma de Sebastián.

“No,” contestó el espíritu protector, “porque esto no se te había ocurrido hasta ahora que te lo he dicho yo. Te diré que tú eres como casi todos los demás, que creen que ellos mismos generan todos los pensamientos aunque algunos de estos provienen de sus espíritus protectores.

Cuando yo te mando un pensamiento para ayudarte, éste te dice lo que está bien y lo que está mal. Y si tú has hecho algo que sabes que no está bien, yo te lo recuerdo. Y si te pones triste y no sabes cómo remediar lo hecho, yo intento decirte cómo. Pero siempre has de decidir tú mismo si quieres escuchar los pensamientos que yo te mando y que te pueden ayudar.”

“Y si no quiero escuchar tus pensamientos,” preguntó el alma de Sebastián, “¿te enojas conmigo?”

“No,” contestó el espíritu protector, “yo sólo deseo ayudarte. Si tú no quieres servirme de mis pensamientos, entonces, claro, dejo de

mandártelos hasta que llegue el momento en que hayas aprendido tanto que quieras escucharlos."

"Oye, pero ¿hay personas que saben que los pensamientos que se les ocurren no los han generado ellas mismas?," preguntó el alma de Sebastián.

"Sí," contestó el espíritu protector, "hay personas con dotes especiales que pueden distinguir entre sus propios pensamientos y los pensamientos que reciben del Cielo y saben muy bien cómo entenderlos."

"¿Conozco yo a alguna de esas personas?," preguntó el alma de Sebastián.

"Sí," contestó el espíritu protector, "tú conoces al abuelo de Óscar. Él sabe escuchar muy bien y es por eso que sabe tanto sobre el Cielo."

El alma de Sebastián se alegró y pensó lo bueno que era tener un buen amigo como su espíritu protector, que podía ayudarlo y contestar de un modo comprensible a todas sus preguntas.

"¿Por qué no damos un paseo por el aire mientras esperamos?," preguntó el espíritu protector.

"Pero, ¿podemos hacerlo?," preguntó el alma de Sebastián.

"Claro, es muy fácil," contestó el espíritu protector, "¿te gustaría visitar a alguien en especial?"

"¿Podemos visitar a Óscar?," preguntó el alma de Sebastián.

"Sí, con mucho gusto".

El alma de Sebastián recordó de repente el fino hilo por el que estaba sujeto al Sebastián que estaba durmiendo en la cama.

"¿Y qué pasa con el fino hilo?," preguntó el alma de Sebastián un poco preocupada sin embargo. "¿Es suficientemente largo?, pues Óscar vive muy, muy lejos."

"Lo será," contestó el espíritu protector, "de eso me encargo yo. Agárrate de mi mano y volamos a casa de Óscar para ver cómo está."

El alma de Sebastián se agarró bien fuerte a la mano del espíritu protector. Y, de repente, traspasaron la pared volando sin que él lo notase. Una vez en la calle, volaron por encima de los tejados y el alma de Sebastián podía ver todos los coches abajo; todo fue muy rápido. Aunque no se había puesto la ropa, no tenía frío y tampoco podía notar el viento a pesar de que volaban muy rápido.

Y, de golpe, estaban delante de la casa donde vivía Óscar; entonces, entraron en la casa volando a través de la pared y se encontraron en medio de la sala donde podían ver que Óscar y su madre andaban buscando algo.

"Buscan los lápices de colores de Óscar," dijo el espíritu protector.

"Ya hemos buscado en todas partes y lo hemos hecho muchas veces," dijo la mamá de Óscar dándose por vencida. "Así que no están aquí, Óscar; intenta recordar, ¿no te los habrás dejado en casa de los abuelos?"

Óscar meneó la cabeza, subió corriendo la escalera y entró en su habitación.

El espíritu protector y el alma de Sebastián siguieron a Óscar, el cual parecía muy triste cuando se sentó en una silla al lado de la ventana.

"¡Mira!," dijo el espíritu protector señalando con el dedo, "están guardados ahí arriba en la caja marrón que está en el estante superior."

El alma de Sebastián vio los lápices de colores y le dijo a gritos a Óscar que mirase en la caja marrón que estaba en el estante superior, pero Óscar seguía sentado y no se enteraba de nada.

"Él no puede oír lo que dices," dijo el espíritu protector al alma de Sebastián, "y nosotros somos totalmente invisibles para él, él sólo puede ver a través de nosotros."

Al alma de Sebastián le dio pena que no pudiesen ayudar a Óscar por mucho que él quisiese.

De repente dijo el espíritu protector: "Siento que ya es hora de regresar a casa, al Sebastián que está en la cama. ¡Ven, ahora vamos a volar!"

Antes de que al alma de Sebastián le diese tiempo a parpadear, ya estaban de vuelta en casa y podía ver que Sebastián se movía en la cama.

"Ahora has de regresar a Sebastián," dijo el espíritu protector, "que te vaya bien hasta que nos volvamos a ver," sonrió el espíritu protector saludándolo con la mano.

De pronto todo se oscureció y, acto seguido, Sebastián se despertó en su cama.

Sebastián notó que estaba empapado de sudor, pero ya no le dolía la cabeza y tampoco tenía náuseas. Ladeó la cabeza hacia el lugar donde el espíritu protector había estado, pero su espíritu protector ya no se encontraba allí y eso lo entristeció un poco.

"¡Mamá!," gritó y su mamá vino corriendo desde la sala.

"Dime, Sebastián", dijo, "¿cómo te va?"

"Bien", contestó Sebastián. Y sin más le vino un pensamiento a la cabeza: ¡acuérdate de ayudar a Óscar!

"Óscar no puede encontrar sus lápices de colores," dijo Sebastián.

"¡No me digas!," dijo su mamá sorprendida, "¿y qué quieres que hagamos?"

"Tienes que llamar a Óscar y decirle que están en su habitación, dentro de una caja marrón que está en el estante superior," contestó Sebastián, "¿por qué no lo llamas ahora y se lo dices?"

"Bueno," contestó su mamá, "si eso es lo que quieres, lo haré."

Sebastián podía oír que su mamá llamaba desde la sala y que hablaba con la mamá de Óscar. Su mamá decía que Sebastián estaba

mejor y que le había mandado decir que los lápices de colores estaban en la habitación de Óscar, en el estante superior, dentro de una caja marrón.

Entonces, después de un rato, oyó que su mamá decía que menos mal que habían encontrado los lápices de colores de Óscar.

Sebastián pensaba en todo lo que había vivido con su espíritu protector. Y se preguntaba si había sido su espíritu protector el que le había mandado el pensamiento para que no se olvidase de ayudar a Óscar o si había sido su alma la que se había acordado.

Por mucho que pensaba, no se aclaraba; y cuando su mamá regresó para decirle que la mamá de Óscar no comprendía cómo Sebastián podía saber que a Óscar le faltaban sus lápices de colores y que estaban guardados en la caja marrón, Sebastián se había quedado dormido.